DONDE FLORECE LO IMPERFECTO

Hilda Rojas Correa

DONDE FLORECE LO IMPERFECTO

©Hilda Rojas Correa, 2026
Diseño portada: Pamela Díaz Rivera
Imagen de portada: Leonardo AI
Corrección: Pamela Díaz Rivera
Revisión: Mile Bluett

Primera edición, octubre 2026
Independently published

Safe Creative 2606086002969
ISBN 9798178189733

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibido, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de la obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos en la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

«Plantar un jardín es creer en el mañana.»
—Audrey Hepburn—

PRÓLOGO

Londres, 12 de febrero de 1847.

El ramo de la novia era peculiar, muérdagos. Su significado según *El lenguaje de las flores* era «Supero mis dificultades».

Lady Charity Martin lo observaba, aún incrédula de haberlo atrapado. Saltó en aquel ritual nupcial sin verdadera intención y, de pronto, como por artes oscuras de brujería, estaba en sus manos.

«Imposible», repetía su mente sin cesar. En su familia, aquella tradición era inevitable. Una sentencia.

Se preguntó qué clase de hombre la soportaría.

Un santo, sin duda.

Un santo sordo…

La voz de su hermano Gabriel la sacó de sus pensamientos.

—¿Qué se siente ser la siguiente?

Charity se encogió de hombros.

—No sé, es raro. —Le sonrió a su hermano y se acomodó las gafas, todavía no se acostumbraba del todo a ellas—. Somos los últimos solteros de nuestra familia… Casi atrapaste el pañuelo nupcial que lanzó Bram.

Gabriel se encogió de hombros.

—El destino tiene sentido común. Soy demasiado joven para casarme.

Charity le arqueó una ceja mordaz.

—¿Cómo osas decir que estás demasiado joven para casarte si yo soy menor que tú?

—No tengo la culpa de que a las mujeres las presionen desde los diecisiete… Y ustedes, damas demoniacas, tampoco se hagan las pobrecitas, nuestras madres son muy benevolentes y no tratan de casarlas con el primer mentecato aceptable.

Charity alzó su barbilla. Gabriel tenía un punto, sin embargo…

—No, pero la mirada de mamá dice mucho. Ya puedo imaginar lo que hay en su mente: «Todas creen que nunca se casarán y caen igual».

Gabriel debía admitir que su hermana tenía un punto, pero…

—¿Y tú qué crees?

Charity desvió la mirada hacia sus primas, sus amigas… a su hermana mayor. Cada una con un esposo que la adoraba. Todas tuvieron temporadas para el olvido, pero lograron encontrar el amor de una forma u otra. Eran inmensamente felices. No habían renunciado a sus sueños.

—A veces pienso que no tendré la misma suerte y que seré la excepción que confirma la regla de esta tradición. —Jugueteó con el ramo de muérdagos. La música llegaba lejana a sus oídos, era un vals—. Sé que en los bailes a los que me obligan a ir no conoceré a alguien que me vea más allá de reputaciones y escándalos. Tampoco es que me agraden mucho los eventos sociales. Independiente de ello y, pese a mis deseos, creo que no soy del gusto masculino ni de sus expectativas… Y también está mi pasatiempo, no renunciaría nunca a él.

—Yo no le llamaría pasatiempo a la enfermería… Tienes más estómago que muchos de mis colegas.

Charity sonrió, orgullosa. Si de algo podía jactarse, era de su insensibilidad ante la sangre y las heridas abiertas. No le temblaba la mano si tenía que ponerle puntos a un caballo o a un hombre.

—Tú y Matt fueron mala influencia. —Un veterinario y un médico respectivamente.

—Es una lástima que no acepten mujeres en la universidad, creo que habrías hecho grandes cosas. Serías la primera de la clase.

Atender partos de animales y de humanos, suturar heridas, estudiar incontables libros de anatomía, enfermedades, tratamientos, elaboración de medicinas fueron su escuela. A

Charity solo le faltaba tener una práctica profesional a tiempo completo y sabría tanto o más que un médico.

—Quizás, pero me conformo con lo que puedo hacer desde mi lugar. —Rio—. Ojalá, en el futuro, mis sobrinas o sobrinas nietas tengan esa posibilidad.

Gabriel dibujó una sonrisa.

—Espero que así sea… —De soslayo, notó que Matthew, más conocido como lord Hudswell, se acercaba a ellos.

Matthew tensó una sonrisa a modo de saludo.

—Disculpen la interrupción… Charity, ¿tienes algo que hacer mañana temprano?

—Aparte de dormir, nada.

—Un colega y yo iremos a la casa de Whitechapel… —Una casa de pobres, pero ellos detestaban el término tan inhumano—, necesitamos ayuda para la ronda médica. ¿Puedes acompañarnos?

—Claro, cuenta conmigo.

—Gracias. Te pasaremos a buscar a las ocho. Trae tu maletín de instrumentos… —Le palmeó la espalda a Gabriel—. Nos estamos viendo, Bestia.

Y así como vino, se fue. Charity se quedó observando a su amigo que se despedía de todo el mundo. Ah, le encantaría sentir algo más que fraternidad por él, serían una pareja perfecta…

La vida era irónica, tenía frente a ella a un candidato ideal de esposo: guapo, inteligente, talentoso, heredero a un título, soportaba su verborrea… El epítome de la perfección masculina, pero no le inspiraba el más mínimo indicio de atracción. Le producían escalofríos imaginarse con él en una situación amorosa. Matthew era como un hermano para ella.

—¿Por qué has puesto esa cara de haber visto algo repugnante? —preguntó Gabriel volviéndola a sacar de sus cavilaciones.

—Imaginé que besaba a Matt, y era como besarte a ti, ¡qué asco! —Hizo una mueca elocuente.

Gabriel rio. Estaba pensando exactamente lo mismo… No besar a su hermana —no, por Dios, eso no—, sino el motivo por el cual Matt y Charity no se unían, parecían ser muy compatibles. Aquella respuesta descarada echó por tierra cualquier impulso de fungir como cupido entre su hermana y su amigo.

—Dios le da pan a quien no tiene dientes.

—No tengo remedio. —Miró el ramo y suspiró—. ¿Me acompañas a casa? Debo acostarme temprano o mañana seré un estorbo en vez de ayuda. Tengo una reputación profesional que mantener.

Gabriel le ofreció el brazo, también debía madrugar.

CAPÍTULO 1

Richmond, 1 de abril de 1848.

Esa primaveral mañana, Nathan Norton, octavo vizconde Matlock, terminaba de completar el libro de cuentas.

Soltó un suspiro y se refregó la cara. Se masajeó el cuello tenso, mas en sus labios había un atisbo de sonrisa. Un nuevo mes con números positivos. Eso era excelente.

Un alarido rompió la fugaz quietud de su sala privada.

Se desordenó los cabellos rojos, tironeándolos y arruinando su impecable apariencia.

—Demonios… Ahora, ¿qué?

Hasta hacía un par de años, ante aquel sonido, se levantaba apresurado y con el corazón en la boca. La costumbre le enseñó que nunca era tan terrible, y lo volvió más mesurado en sus reacciones.

Si perdía el control, todo resultaría peor. Era la cabeza de la familia, no podía fallar.

Apretó los labios y se levantó.

Inspiró profundo.

Atravesó Matlock House dando vigorosas zancadas. Sus pisadas hacían crujir la madera, y por su paso dejaba miradas curiosas de la servidumbre, preguntándose cuál sería el nuevo motivo de aquel escándalo.

A medida que se acercaba al jardín, los alaridos desafinados se hacían más fuertes e intensos.

Al igual que su preocupación.

Inspiró otra vez para no evidenciarla.

El sol entibió su cabeza en cuanto salió. El aroma del césped le dio la bienvenida.

La señora Robertson se acercó a él con el rostro enrojecido y el cabello desordenado. Su pecho subía y bajaba con furor.

—¡Ya no soporto más, milord! ¡Renuncio!

Matlock solo se limitó a asentir. Durante los últimos cuatro años, cuarenta personas ya habían renunciado. Ya ni se tomaba la molestia de pedir que se quedaran. No las culpaba.

Entendía que era un trabajo difícil y pagaba en consecuencia. Tal vez el dinero nunca sería suficiente para incentivar que se quedaran más tiempo.

Los alaridos continuaban.

—Señora Robertson, antes de que se vaya, ¿me puede decir que ha sucedido?

—Lo mismo de siempre, milord… Algo está fuera de lugar, y no tengo idea de qué es… No puedo controlar al joven amo.

—Bien, prepare sus cosas. Redactaré su carta de recomendación y pagaré sus honorarios más una indemnización.

La señora Robertson por fin pudo sentir alivio. No tanto por el dinero extra que le iba a dar, sino por la carta. Era su primera vez trabajando para un aristócrata y eso le ayudaría a conseguir otro empleo mucho más rápido y de mejor categoría.

—Gracias, milord… Discúlpeme, de verdad esta situación me ha superado. Si tan solo me permitiera ser más estricta…

—Los golpes jamás han servido de algo con él. Durante años lo trataron como una bestia. —La niñera se guardó el comentario: «Él ya es una bestia». Nathan repuso—: Si conoce a alguien que pueda reemplazarla...

—Nadie, lo lamento. —Avanzó un paso, mas se detuvo y suavizó su expresión—. De verdad, considere un asilo, el joven amo necesita otro tipo de lugar, no puede pretender que es normal. Lo sabe.

—Se agradece su preocupación, pero un asilo está fuera de discusión. Louis no es peligroso.

—Todavía no, milord.

Él solo la miró con severidad y repuso:

—Espero que, una vez fuera de esta casa, no revele nada de lo que ha visto o escuchado.

—Por supuesto, he firmado un contrato de confidencialidad. —Hizo una rápida reverencia—. Si me dispensa.

El vizconde dio su venia con un leve movimiento de cabeza.

La señora Robertson se retiró. Nathan se masajeó el ceño antes de enfrentar a su hermano, quien estaba arrodillado frente a su jardín, chillando y dando golpes al suelo. Su tono fue sereno al llamarlo:

—Louis… —Lento, avanzó—. Louis… —Nathan estiró su mano con cautela. Su hermano era alto y macizo, un niño encerrado en el cuerpo de un jovencito—. Louis, querido… ¿Qué has perdido?

Se agachó al lado de su hermano y acarició la espalda encorvada. Al sentir el tibio toque, Louis dio un respingo y alzó la mirada anegada y pavorosa. Al reconocer a Nathan, su gesto se contrajo y se refugió en el pecho de su hermano.

A Nathan se le destrozaba el alma cada vez que Louis reaccionaba de esa manera. No importaba cuánto tiempo pasara, siempre era lo mismo.

Quizás cuánto sufrió en ese manicomio en Escocia, encerrado, escondido de todo el mundo.

Siguió prodigando caricias a la espalda encorvada de Louis y lo mecía. Como si fuera una nana, él preguntaba con su voz profunda y tranquila:

—¿Qué has perdido, Louis? ¿Qué está fuera de lugar?... ¿Es una semilla?, ¿una flor?, ¿una piedra?

La gravedad de esa voz serena y el movimiento lento y cálido fueron acallando los alaridos, transformándolos en un sollozo.

Tras unos segundos, esa voz desafinada explicó:

—No están, ya no están…

—¿Quiénes no están, querido Louis?

—Gusanos…

Nathan observó el rincón de Louis, así le llamaban al lugar donde su hermano jugaba a ser jardinero. Hasta el momento, nada germinaba. En sus arranques de ira y frustración destruía lo que sembraba, y ahora solo había agujeros y tierra húmeda desperdigada por doquier.

No le costó comprender a qué se refería y dijo:

—Quizás los gusanos se fueron a otra casa que se mueva menos.

Louis levantó la cabeza y miró a su hermano mayor con atención. Se sorbió la nariz y se secó las lágrimas.

Nathan supo que lo peor había pasado. Esbozó una sonrisa. Sacó un pañuelo del bolsillo de su levita y sonó la nariz de su hermano. Al terminar, acarició los cabellos de Louis, que eran iguales a los de él…

En el fondo se parecían, el mismo color de ojos, de cabellos, quizás, en el futuro, la misma voz.

Nathan prefería centrarse en las similitudes en vez de los evidentes atributos que señalaban que Louis era... diferente.

Ojos pequeños y rasgados, cara redonda y nariz diminuta. Dedos regordetes y complexión al borde de la gordura.

Un ángel dirían algunos, un niño eterno dirían otros.

Un idiota, condenaba su padre.

Él solo podía definirlo como diferente, odiaba los términos condescendientes o peyorativos.

Nathan no supo que su hermano estaba vivo hasta hacía cuatro años, cuando se convirtió en vizconde y leyeron el testamento de su padre.

El tono lento y cantarín de Louis lo trajo al momento, apaciguando la furia que experimentaba cada vez que recordaba ese minuto preciso en que le revelaron la verdad.

—¿Se fueron por mi culpa?

—Los gusanos necesitan paz y quietud. Si sigues haciendo agujeros, no volverán.

—Pero yo quiero que vuelvan.

—Deberás tener paciencia… ¿Por qué no vamos a comer unos refrigerios? —Esa era la táctica que Nathan siempre usaba para distraer a su hermano, antes de que insistiera en que se hiciera su voluntad.

—¿Limonada y galletas?

—Sí, limonada y galletas. —Ambos hermanos se levantaron. Nathan sacudió las rodillas de Louis y las propias—. Ve a lavarte las manos y espérame en el salón. Voy en un momento.

Louis asintió y entró en la inmensa casa de campo.

Nathan resopló y, cabizbajo, llevó sus manos a las caderas.

La misma inquietud de siempre lo asaltó: ¿Estaba haciendo lo correcto?

Contempló el rincón de Louis, un desastre de tierra suelta, raíces, ramitas y piedras.

Después de un difícil primer año de convivencia, buscaba una actividad que satisficiera a su hermano. Primero fueron los insectos, luego los soldaditos de plomo, y ahora la jardinería.

Un fracaso tras otro.

—Milord… —Lo llamó la voz del ama de llaves a sus espaldas.

Nathan dio media vuelta. Ahí se encontraba la joven que vino recomendada de la Academia Hope. Al principio dudaba de sus capacidades, pero su desempeño superaba con creces a la anterior que se fue de Matlock House con los pies por delante el año recién pasado.

—Dígame, señora Pratts.

—Si me permite el atrevimiento… Creo que el joven Louis no necesita una niñera. —Nathan no respondió. La joven apretó los labios y agregó—: Necesita ser instruido… que aprenda a leer o a…

—Ya lo intenté con institutrices… De las cuarenta mujeres que han pasado por aquí, diez lo fueron.

—Lo sé, milord. Por eso mismo le digo, una institutriz corriente no le servirá… En la Academia Hope teníamos un curso especial. —Nathan arqueó una ceja con cierta incredulidad—. Ahí nos reforzaban a las que éramos más lentas para aprender. Créame, había algunas que les costó mucho, mucho, pero lograron leer, escribir… y lo básico de aritmética. La maestra tenía una capacidad impresionante para enseñar sin siquiera dar un reglazo en las palmas.

—Un dechado de virtudes inigualable… —Ladeó la cabeza—. Dudo que una maestra de la Academia Hope baje de categoría para ser solo una institutriz.

—No, pero quizás si ella evalúa las capacidades del joven y la manera adecuada de educarlo, pueda formar o recomendarle a una institutriz especial para él.

—Lo pensaré… —Y un presentimiento ominoso se apoderó de él. Conocía a las damas que trabajaban en la Academia Hope, pero con una en particular compartía una experiencia, para su desdicha, inolvidable—. ¿Y cuál es esa maestra?

—Lady Charity Martin… es una verdadera santa.

«Santa es una palabra que no usaría para definirla», pensó con acritud.

Hacía mucho tiempo que no la veía. No quiso recordar el

bochorno que le hizo pasar por salvarlo de uno peor.

En ese entonces, llevaba poco tiempo como vizconde, pensó que casarse podría ser la solución para lidiar con la situación de su hermano.

La perorata que le propinó lady Charity acerca de los hombres, las mujeres y el matrimonio, lo convenció de que no era lo mejor condenar a una persona inocente a un enlace inconveniente.

Casarse con él era toda una inconveniencia.

No tenía alma de tirano para obligar a nadie a renunciar a su vida. No podría soportar una esposa amargada e infeliz, y que intentara confinar a Louis a toda costa.

Estaba seguro de que, aunque poseyera todo el dinero del mundo y todas las comodidades, harían que un matrimonio con él valiera la pena.

Si llegaba alguien a su vida, tendría que ser por amor, no solo a él, sino también a Louis…

Porque él no renunciaría a su hermano.

La señora Pratts agregó:

—Lady Charity es una dama extraordinaria y muy ocupada. Si considera contratar sus servicios, le sugiero que vaya a Londres a persuadirla en persona.

—¿Una carta no es suficiente?

—Ella dice que la palabra escrita puede ser malinterpretada. Prefiere los encuentros cara a cara.

Nathan masculló con acidez:

—No me extraña.

—¿Cómo dijo?

—Que si usted está segura de que la dama podría llevar a cabo esa tarea.

La señora Pratts arqueó una ceja en su fuero interno, ese balbuceo que no logró oír no fue tan largo. No obstante, respondió impertérrita:

—Estoy muy segura de ello. Descubrió que yo no era idiota, sino que algunas cosas las aprendía más lento y por repetición. Usted mismo ha podido comprobar que soy excelente manejando esta casa, pero no me es posible memorizar una lista interminable de labores pendientes. —Se palmeó el bolsillo de su mandil, ahí guardaba una libreta donde enlistaba y organizaba sus tareas.

—Sí, debo reconocer que tuvimos un comienzo difícil, señora Pratts.

—Usted me dio la oportunidad, igual como se la da al amo Louis... No siga perdiendo tiempo en hacer siempre lo mismo esperando resultados diferentes. —La señora Pratts se comió la amonestación: «Cuarenta veces han sido más que suficientes». No obstante, su mirada fue elocuente. Nathan carraspeó pensando en las niñeras e institutrices que habían intentado hacer de Louis un joven educado… dentro de sus limitaciones.

—Meditaré el asunto.

La voz de Louis aulló desde el interior de la casa:

—¡Nathan, ya me lavé las manos! ¡La panza grita!

El vizconde le estiró una sonrisa al ama de llaves y dijo:

—Por favor, lleve limonada y galletas al salón de estar.